



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 30

La batalla final

Despertó en la cama, sobresaltada, pues no entendía por qué no podía moverse. Hasta que se dio cuenta de que estaba atada y amordazada. También tenía los ojos vendados.

— Vaya, has despertado antes de tiempo.

Era la voz de Saito. Tranquilamente este se sentó a su lado, en la cama, y comenzó a acariciar el pelo de la chica.

— Saito, si esto es una broma no tiene gracia — dijo con dificultad debido a la mordaza.

Pero este tan solo chistó y se acercó hasta su oído.

— Dime Noriko... ¿qué es lo que sientes?

No sabía a donde quería ir a parar con todo aquello. ¿Acaso quería jugar a ser Christian Grey? Pero, no sabiendo muy bien por qué, Noriko recordó todo lo acontecido antes de acudir a la Frontera. Descubrió que había dos tumbas con su mismo nombre en el cementerio, que había tenido vidas pasadas, que siempre había estado bajo la protección de los arcángeles y él, Saito, había logrado romper con la maldición que tenía su alma, siempre destinada a morir joven. Intuía que algo en su interior la estaba gritando la verdad, pero aún estaba muy lejos para poder escuchar algo. Sin embargo, si sintió algo que no creía posible en una situación como aquella.

— Siento, una profunda y dolorosa... nostalgia.

Saito apretó los labios y quitó la venda de sus ojos. Se observaron y Noriko vio por primera vez aquella mirada, fría, imperturbable. Los ojos de Saito parecían cargados de un dolor contenido durante demasiados años.

— Noriko, escucha porque solo lo diré una vez: nunca confíes en lo que ven tus ojos.

Dicho esto se levantó y se separó de la cama para dirigirse hacia la puerta.

— ¿Dónde vas? ¿Me vas a dejar así?

Sin responder, abrió la puerta. Pero en lugar de salir, se hizo a un lado y se inclinó en una reverencia.

De repente todo se congeló alrededor. Se oyeron pasos y alguien entró. Noriko abrió los ojos exageradamente en cuanto le reconoció. Un sinfín de sensaciones se agolparon en su pecho. Apenas si podía respirar bien, pues no podía creer lo que estaba viendo.

Una mirada gris, fría y sin pupilas, se dirigió a ella. Noriko intentó gritar pero algo se lo impedía.

Lord Azazel estaba allí, en cuerpo y alma, en aquella misma habitación, fuera de su mundo. Con impotencia, Noriko observó a Saito, pero este no hizo nada.

— ¿De cuánto está?

— Está casi a punto, mi Señor.

Noriko se sintió mareada. Azazel, el mismo en persona, se sentó despreocupado al lado de la cama y puso una de sus amarillentas manos en el vientre de ella.

— ¡No me toques! ¡No me toques! ¡Saito! ¿Qué pasa? ¿Por qué está él aquí? ¡¿Qué pasa?!

— Sssshhh... Calla niña, no me obligues a coserte la maldita boca. — dijo a la vez que bajaba la mordaza. Noriko apretó los labios, tenía muchas ganas de llorar pero se contuvo. — Servirá. — dijo sin más mientras de nuevo se levantaba.

Ahora Noriko buscó a Saito con la mirada y se concentró para hablar telepáticamente.

— "Por favor, dime qué está ocurriendo... por favor..."

No obtuvo respuesta. Para su sorpresa, fue Azazel quien respondió.

— No te molestes, yo también tengo ese poder. Pero sí, creo que es hora de aclarar algunas cosas y hacerte saber lo que en verdad está ocurriendo. Saito, ¿por qué no se lo explicas?

Este avanzó unos pasos.

— Todo estaba planificado Noriko, desde hace más tiempo del que crees. Vaya, resultó tan sencillo... Solo era cuestión de tiempo que te entregaras a mí. Ese niño... —señaló su vientre y

se acercó más a ella — no fue un accidente. Necesitábamos un contenedor para continuar con la descendencia de mi sangre, ya que en realidad... no soy exactamente un arcángel.

Noriko abrió mucho los ojos, no sabía dónde quería ir a parar.

— Siempre cumplo un trato, Noriko. Yo tengo el poder y la llave que mi Señor necesita para dominar los tres mundos, y a cambio, él me va a devolver a la única persona que en realidad siempre he amado y amaré. Hace tan solo un momento la he visto Noriko, con mis propios ojos... — se acercó hasta quedar cara a cara —...y esa persona, no eres tú, Noriko Hayashi.

Unas gruesas lágrimas terminaron cubriendo el rostro de la chica, que intentó a pesar de todo mantenerse firme ante las duras palabras. No podía creer que Saito la estuviese traicionando de aquella manera y que además pusiese al mundo en peligro. Pero no tuvo tiempo para cuestionar. De repente, se oyeron puertas, múltiples puertas abriéndose. Noriko se asustó y Lord Azazel se dirigió a ella.

— Tú también lo oyes ¿verdad? Es mi ejército. Ahora todos los portales están abiertos, todo el universo al completo está expuesto y preparado para mí. Ahora tan solo debo cruzar una puerta en concreto y el mundo humano caerá. Recuperaré mi belleza y a continuación... llegaré hasta el paraíso, donde ese hijo tuyo será mi pase para poder entrar.

— ¡NO! — Exclamó — ¡Maldito seas!

Forcejeó pero era inútil. Azazel pasó entonces una mano por delante de su rostro y Noriko entró en un profundo sueño.

— Ahora, vamos a por mi contenedor.

— ¿Realmente lo necesita, mi Señor?

— Todo guerrero necesita un buen escudo con el que protegerse.

Dicho esto, la dejaron allí, sola.

Saito guió a Azazel hasta la sala donde se encontraban las tres puertas. Por el camino se les unió Alastor y este comenzó a andar a la altura de Saito.

— Debo admitirlo arcángel. Subestimé tu poder y tú... lealtad.

— ¿Me estás pidiendo disculpas, Alastor?

— A callar. — ordenó Azazel, que llegó frente a la puerta del mundo humano y asió el pomo.

— Tan sencillo como abrir una puerta...

En su mansión, todo estaba tranquilo, pero Asher sabía que un inminente peligro se acercaba, podía sentirlo. Dejó el libro que leía y bajó las escaleras hasta el primer piso. Oyó que la puerta principal se abría con un rechinante ruido. Un fuerte viento entró haciendo que la pesada puerta golpease contra la pared.

— ¿Quién es, Kyrian?

Este se encontraba frente a la puerta y Asher vio que dio varios pasos hacia atrás.

— ¿Qué ocu...?

Demasiado tarde, observó como Kyrian salía disparado hacia atrás, estrellándose estrepitosamente contra la pared. A continuación, una enorme figura entró, espada en mano. Asher terminó de bajar las escaleras, corriendo, pero no llegó a tiempo. Con gesto de dolor, Kyrian intentaba incorporarse cuando Alastor embistió contra él, hundiéndole la espada en su pecho, directamente en el corazón. Kyrian abrió mucho los ojos a la vez que escupía sangre por la boca, luego los cerró y se desplomó.

— ¡No! — gritó Asher mientras se agachaba junto a él.

— Creía que los muñecos no sentían dolor.

Ahora Asher se giró. Lord Azazel apareció detrás de Alastor. Permanecía con su semblante serio.

— Oh, vamos... solo era una mascota. Ya tendrás muchas más. Vaya, es extraño vernos cara a cara, ¿verdad?

— A... ¿a qué has venido?

— Asher... eres mi contenedor, me sorprende que hagas esa pregunta.

— Pe... Pero estás aquí. Eres real.

— Sí, pero eso no significa que no pueda protegerme como es debido.

— No... Ni hablar...

Antes de poder decir más, Azazel se convirtió en un humo negro que fue aspirado por Asher a través de su nariz y boca. Este bajó un instante la cabeza y luego la levantó, respirando como si lo hiciese por primera vez.

— Ahora... vayamos a buscar a mi hermano.

En lo más alto de la Torre de Tokio, a más de trescientos metros de altura, había una figura que parecía vigilar la ciudad ahora cuajada de múltiples luces en una noche cerrada. Era una sombra entre las sombras, la oscuridad envuelta en un manto de belleza.

La noche era fría y hacía viento, lo que provocaba que su abrigo negro con hebillas se agitase, al igual que su larga melena rojiza. El ángel de la oscuridad se mantenía en cuclillas, aún con los ojos cerrados. Le gustaba sentir el viento en su rostro. Se quedó así un rato, respirando profundamente. Al abrir los ojos, dos luces esmeralda se unieron al resto de luces de la ciudad. Era la mirada que había conocido el odio, la crueldad del ser humano. Finalmente se incorporó muy despacio, elevando sus casi dos metros de altura sobre su ciudad, sobre el mundo. Elevó ambos brazos y sus inmensas alas negras emergieron en un estallido de plumas, las cuales volaron, empujadas por el viento.

Sabía que había llegado la hora. La hora de enfrentarse a su fatal destino de muerte.

Le resultó muy extraño no tener noticias de Noriko y Saito, pues ya tenían que haber hecho un reporte, además que ya era su fecha, tal como le anunció Álex hace exactamente un año. Es por eso que comenzó a sobrevolar la ciudad. Antes había convencido a Seiya para que fuese a la Frontera y averiguar si todo estaba en orden. Pero el panorama que este encontró allí no era el que esperaba.

Seiya supo que algo no iba bien cuando encontró todas las puertas abiertas y poco más tarde, a Noriko atada en la cama, en estado de shock. La desató de inmediato.

— ¡Noriko! ¿Estás bien? ¿Qué... qué ha ocurrido?

Esta habló despacio, sin mirarle. Su mirada estaba fija en el techo.

— Él... Azazel ha estado aquí... Ha ido al mundo humano... — ahora le observó directamente y le asió de la camiseta — Va directamente a por Dayu.

— Pe... Pero... ¿cómo es posible? ¿Cómo llegó hasta aquí? Solo los guardianes podemos...

— Saito. Él tiene un trato con ese demonio, le devolverá a su prometida. Está con ellos... Seiya, no lo entiendo... — intentó no llorar de nuevo. Seiya apretó los labios pero no dijo nada.

— Vamos, ¿puedes levantarte? Las puertas están abiertas, lo que significa que ahora mismo el mundo está siendo atacado. Tenemos que impedirlo Noriko, eso... es lo principal, ¿entiendes?

Tras un rato en el que por fin Noriko pareció reaccionar, se la ocurrió algo.

— Seiya, tú ves a buscar a Dayu. Yo... creo que se lo que tengo que hacer. Confía en mí.

— Eso siempre. — dicho esto se abrazaron.

— Y no confíes nunca en lo que ven tus ojos Noriko — dijo Seiya en un casi imperceptible susurro.

— Es curioso que digas eso. Fue lo que me dijo Saito antes de que...

Se miraron, Seiya sonrió.

— Lo harás bien, Noriko. No te preocupes y pon a la gente a salvo. Yo buscaré a Dayu.

Asintieron y así lo hicieron. Tras cerrar de nuevo las puertas, ambos atravesaron la del mundo humano para tomar diferentes caminos, pues cada uno tenía una causa común por la que luchar y alguien a quien proteger.

Por su parte, Noriko acarició su vientre abultado. Había hecho bien en realizarle un escudo interno, así su hijo no podría sufrir daño alguno.

— No voy a permitir que te utilicen... —susurró. Luego se dirigió volando hacia el punto más alto que conocía de todo Japón.

El monte Fuji.

Por el camino observó cómo los demonios comenzaban a destruir todo a su paso, por lo que tenía que darse prisa. Ni siquiera sabía si aquello iba a funcionar, pero una vez más, recordó todo lo aprendido durante su entrenamiento. Fue irónico que Saito la hubiese dado la idea.

Tiempo atrás, este ayudaba a Noriko en la creación de sus escudos, y un día descubrieron algo. A través de los mismos siempre se veía una extraña niebla. Se encontraban ambos en el jardín cuando Noriko hizo un escudo que cubría toda la piscina, a modo de cúpula. Dentro del mismo se observó la misma niebla que cuando atravesaban los portales. Saito puso la mano en el mismo y cerró los ojos. Al abrirlos se dirigió a Noriko, que mantenía el escudo con el brazo en alto.

— Prueba a invertirlo — dijo.

No supo cómo lo hizo, pero Noriko se concentró y cambió la posición de su mano. Ahora la niebla se encontraba fuera, fue como si ellos estuviesen de pronto dentro del escudo y no al revés. Se miraron. Noriko deshizo el escudo y todo volvió a la normalidad.

— ¿Qué ha pasado?

Un sonriente Saito se aproximó a ella y puso las manos sobre sus hombros, como siempre hacía.

— Noriko, tus escudos... son realmente portales.

— ¿Qué? ¿Pero cómo?

— Actúan como escudos normales si los generas la primera vez, pero realmente son portales invertidos. Eres... vaya, no sé cómo decirlo, una especie de ama de llaves, lo que significa que puedes controlar los portales, ¿te das cuenta Noriko? En una situación de batalla, podrías utilizarlos para salvar a la gente, ¿entiendes?

— Sí... sí claro. Vaya... así que no solo eran escudos.

— Ciertamente, no.

Se abrazaron y de repente Noriko sintió un frío congelador. Su recuerdo se desvaneció como el humo y se encontró cara a cara con el pico más alto de todo Japón: el monte Fuji. Se posó en el

borde del cráter e inspiró profundamente. A lo lejos, más estallidos y edificios que se derrumbaban. Realmente parecía el apocalipsis.

Noriko extendió sus alas y puso sus brazos en cruz. Cerró los ojos con fuerza y utilizó aquellas emociones encontradas para usarlas como fuente de su poder. Aparentemente Saito la había traicionado y puesto en peligro al mundo, sin embargo, aún no quería perder del todo la esperanza, dejando algo guardada en lo más recóndito de su ahora, corazón herido. Un fuerte viento removió su pelo y vestido, pero Noriko no cambió su posición. El escudo apareció y comenzó a extenderse poco a poco como un gran manto, cubriendo toda la superficie terrestre, hasta el punto de acaparar por completo todo el planeta.

El escudo más grande que jamás había generado.

Entonces, Noriko, a la par que abría los ojos, volvió las palmas de la mano hacia arriba y gritó:

— ¡Invertir!

Y todo el mundo contempló la niebla. Obviamente aquello solo tendría efecto en los humanos, los cuales de repente, estaban asombrosamente a salvo de los ataques de los demonios. Había funcionado y tras comprobarlo, Noriko respiró aliviada. Nunca imaginó que llegaría a tener aquel increíble poder.

Aunque era, en opinión de Álex, un maldito acosador, este, tras convencer al Seiya del futuro, fueron a buscar a Kenji para mantenerle también a salvo. Los tres quedaron fuera del escudo, ya que Seiya quería observar todo en primera línea, sin actuar, únicamente observar, pues después de todo lo que había hecho, los acontecimientos deberían ahora desarrollarse normalmente y con un poco de suerte, cambiar, y con ello, alterar el curso del fatal destino que aguardaba a Dayu. De este modo, fueron al lugar donde ocurriría todo, que por ironías de la vida, se trataba del lugar donde fue criado Seiya y también donde el padre de Dayu intentó asesinar al hermano de este, dejándole morir quemado. La fábrica.

A ese mismo lugar, acudió Matsumura. Azazel quería un encuentro directo y no tardó en decirle la localización a través de su mente. Hacía tiempo que Dayu no sentía aquella conexión que ahora era increíblemente intensa. Tuvo que parar un momento de volar, parecía que su cabeza estallaría en mil pedazos. Y cuando cesó el dolor, acudió al sitio donde ya una vez sobrevivió, preguntándose ahora si lo haría de nuevo.

Mientras tanto, aún en Tokio, Noriko caminaba ahora entre las ruinas de la zona más afectada. Por una parte respiró aliviada, pues la gente estaba a salvo, sin embargo su cabeza la llevó de nuevo a cuestionarse la actitud de Saito. Intentó pensar con la mente fría pero era imposible. Tras deambular de un lado a otro, le vio, a pocos metros de distancia.

— Saito...

Pero se detuvo y se escondió tras un montón de escombros, asomándose levemente para observar. No se encontraba solo, Azazel y Alastor estaban con él. Hablaron durante un momento pero Noriko no alcanzaba a escucharles y la telepatía con Saito tampoco funcionaba, o él más bien no quería responder. Así que esperó un poco y luego Azazel se marchó, quedando allí únicamente Alastor y Saito.

— Creo que tenemos compañía — anunció el demonio, quien automáticamente alzó el brazo y los escombros donde se escondía Noriko, volaron, quedando así al descubierto. Al verla, Alastor sacó su larga lengua haciendo un movimiento claramente obsceno.

Tragando todo lo que sentía en aquel momento, Noriko se dirigió hacia ellos. Sabía que no podían hacerla daño, ya que según lo que había dicho Azazel, la necesitaba, o más bien necesitaba al niño que estaba por nacer. Así que ya era hora de aclarar las cosas.

— No deberías estar aquí. — dijo Saito sin mirarla.

— ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Acabo de salvar a la gente así que no os saldréis con la vuestra — anunció triunfante mientras dirigía ahora su mirada al demonio que anteriormente la había estado torturando.

— Dime, ¿qué pretendes demostrar, Noriko? — ahora Saito sí la observó fijamente y la miró desafiante, había crueldad en sus ojos azules, una mirada que la chica nunca había visto.

— Maldita sea... ¿a qué demonios estás jugando? —susurró la chica observando el suelo. Tenía que ser fuerte. Alzó la vista y escupió — ¡Di mi vida por salvar la tuya! ¡En aquel maldito baile! ¡¿Es que ya no lo recuerdas?! —

— Algo estúpido por tu parte, teniendo en cuenta que yo... soy inmortal. ¿No te das cuenta?
— Saito observó a Alastor un instante — Gracias a él me pude ganar también vuestra confianza. ¿Crees que todo fue una maldita casualidad?

No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Acaso intentaba decir que los ataques de Alastor también fueron provocados y formaban parte del plan?

— Humanos... — comenzó a decir Alastor con sarcasmo —Mi Señor tiene razón, siempre sufriendo por vuestras estúpidas emociones. El arcángel ha sido fiel a su palabra y es hora de que obtenga su recompensa. Es la hora, Saito.

Tras aquellas palabras de Alastor, un ruido de pasos se acercó por detrás de ellos. En un reflejo instintivo, Saito desenfundó su pistola y se giró, apuntando. Tras una potente luz que les cegó por unos instantes, apareció la silueta de una persona que caminaba despacio hacia ellos.

Cuando por fin se hizo visible, la mano con la que apuntaba Saito tembló, dejando finalmente caer la pistola al suelo. Una mujer, desnuda, caminaba hacia él con semblante serio. Su piel era blanca, con muchas pecas, y su pelo, algo largo, rojo como el fuego. Tenía una profunda mirada de ojos glaucos que brillaban como dos esmeraldas.

Aún sin conocerla, Noriko supo que era ella, por lo que derrotada, cayó de rodillas y observó la reacción de Saito, pues nunca le había visto derramar ni una lágrima, hasta aquel día.

En ese momento, Saito reaccionó, había dejado caer la pistola y pesadamente dio varios pasos hacia ella. Su prometida. Azazel se la había devuelto. Se quedaron así un instante, uno frente al otro. Saito con gesto de incredulidad y una alegría que no se podía explicar. Noriko observó todo a escasa distancia y luego dirigió su vista hacia la pistola. La tomó entre sus manos temblorosas mientras Alastor simplemente sonrió, sin decir nada.

Lentamente, Noriko alzó el arma y se apuntó a la cabeza, pues en aquel momento, la invadió una terrible oscuridad llamada traición. No estaba pensando con claridad, y en ese preciso instante tenía la verdad ante sus ojos. Los cerró con fuerza y se hizo el silencio. Al abrirlos, observó su dedo meñique y asombrosamente, el hilo rojo del destino era visible. Ahí estaba, atado a él, rojo y brillante. Sorprendida, Noriko siguió el hilo con la vista hasta que se detuvo en un punto. Su corazón latía con fuerza.

"Nunca confíes en lo que ven tus ojos".

Aquella frase se coló en su mente y la repitió una y otra vez. En múltiples flashes que se cruzaron en aquel momento por su cabeza observó las tumbas con sus nombres, a su instructor, Gabriel, y también el momento en el que conoció a Saito.

— Nunca confíes en lo que ven tus ojos — susurró — Nunca confíes en lo que ven... Mi alma estaba maldita... estoy bajo la protección de los arcángeles... siempre lo he estado, siempre, siempre. ¿Por qué dos tumbas? ¿Quién soy realmente?

Y de pronto, lo vio, a un joven Saito en el jardín de su casa. Le pidió que bailase con él cuando solo tenía unos doce años. Y unos años más tarde...

— Dios mío.

Noriko apretó los labios, dejó de apuntarse y se levantó, dirigiéndose rápidamente hacia aquella mujer pelirroja. Quitó el seguro y disparó a la vez que gritaba, hasta vaciar el cargador. La mujer herida cayó al suelo y Saito observó a Noriko con absoluto asombro. Aún Noriko resoplaba y mantenía el arma en alto, sujeta con ambas manos.

— "Ya era hora".

Aquellas palabras las escuchó en su mente. Iba a preguntar a Saito a qué se refería cuando de pronto este sacó algo de la espalda en un rápido movimiento, tanto, que Alastor no lo vio venir. La daga de la Oscuridad penetró tan deprisa en su pecho que al demonio no le dio tiempo de sentirlo, con los ojos desorbitados, escupió sangre negra por su boca. Saito giró la empuñadura para provocarle más dolor. Alastor gritó y el arcángel se acercó a él para susurrar muy despacio.

— Eres mucho más listo que tu Señor y fue una verdadera suerte que no tuviese en cuenta tus advertencias.

Alastor tenía los ojos muy abiertos, pero luego los entrecerró y sonrió antes de hablar, con debilidad.

— Nos veremos... en el infierno, arcángel...

— Permíteme que lo dude.

Dicho esto, Saito sacó rápidamente la daga y un gran brote de sangre oscura salió a borbotones del pecho del demonio. De pronto, la piel de Alastor se resquebrajó, comenzó a hacerse diminutas motas de polvo, al igual que sus músculos, órganos y finalmente sus huesos. No tuvo tiempo de avisar a su Señor. Su cuerpo, convertido en un polvo gris, fue arrastrado por el fuerte viento.

Con un gesto de asco, Saito limpió la daga con un trozo de su camiseta y al levantar la vista, tenía frente a sí a Noriko. Nunca había visto esa mirada en ella. La chica le abofeteó, con verdadero ímpetu. Tanto, que Saito ladeó la cabeza y a continuación se llevó la mano a la mandíbula.

— Madre mía, en cuanto tengamos al niño te pienso entrenar duro. Tienes un verdadero potencial jovenci...

— ¡Cállate! — Noriko estaba envuelta en lágrimas — Tú lo sabías, sabías que era yo... ¿desde cuándo?

Fue desconcertante verle sonreír. Amaba a ese imponente bastardo con locura.

— Te prometo que llegarán las explicaciones, pero aún me falta algo por hacer.

Noriko cayó en la cuenta.

— Matsumura...

— Esto aún no ha acabado, luego, podrás darme la paliza del siglo, si lo deseas. Pero todo absolutamente tiene una buena razón, créeme. Luego se dirigió al cuerpo inerte de la que parecía su antigua prometida. Noriko también la observó.

— Como odio las imitaciones. — dijo la chica.

Ambos fueron testigos de su transformación. Poco a poco los rasgos de aquella mujer cambiaron por completo. Sus facciones eran algo más duras y únicamente su pelo seguía siendo rojo. Como algo característico, tenía un parche negro tapando uno de sus ojos.

— ¿Quién es?

— Mastema, uno de los demonios ancestrales. — dicho esto Saito empuñó de nuevo la daga de la oscuridad y se la clavó en el corazón sin pensarlo, haciendo que aquel cuerpo se convirtiese también en polvo. — Escúchame bien Noriko, ahora no podemos hablar. Lo siento, pero tienes que quedarte aquí. No voy a permitir que te pongas de nuevo en peligro.

— Pero yo quiero ayu...

De pronto Noriko cayó en un profundo sueño, fue sujeta por Saito antes de caer al suelo y este la depositó cuidadosamente en el mismo.

— Ya has hecho suficiente, poniendo a la gente a salvo, tal como predijo Seiya... Duerme, mi dulce prisionera. Luego vendré a por ti, pues aún no ha terminado mi misión.

En otro lugar, Dayu tuvo una sensación extraña. Ya casi había llegado a su destino.